



PORTADA

INFORMACIÓN GENERAL

CONSEJO EDITORIAL

ENVÍO DE ORIGINALES

NÚMEROS ANTERIORES

INDEXACIÓN BASES DE DATOS

CREATIVE COMMONS

BÚSQUEDAS

CONTACTO

Google DENTRO DE C&S

OK



Reseña /

André Glucksmann

Dostoïevski à Manhattan

Robert Laffont, Paris, 2001, 279 pp.

“Mi filosofía es del día en que escribo” es la cita de Stendhal con la que el filósofo francés André Glucksmann da comienzo al libro que nos ocupa. La noticia está en el título, y no cabe duda que fue el atentado del 11 de septiembre lo que precipitó su lanzamiento exitoso, aunque el tema de fondo sea más permanente. André Glucksmann se nos presenta como un teórico de la literatura, experto en las letras rusas; y es también, un filósofo práctico que no duda en experimentar sobre el terreno, con incursiones furtivas en Chechenia. Esta vivencia amarga es el trasfondo emocional de todo el libro; la experiencia de una guerra desigual y estancada, para la que Putin cuenta con todo tipo de parabienes internacionales. Después del atentado en Manhattan, los rebeldes chechenos son equiparados sin matices a los terroristas islámicos de Mohammed Ali Atta. En cierto modo, la intervención del ejército ruso contra los secuestradores y sus rehenes en el teatro de Moscú, ha sido el último intento de Putin por vender esta idea a la opinión internacional, pero prueba también gráficamente, a posteriori, las tesis de este libro: en la Guerra de Chechenia no son los desesperados-as chechenos los terroristas, sino el Estado Ruso, y así son también sus métodos nihilistas, que justifican el recurso a cualquier medio por un fin siempre incierto. La crítica de Le Monde decía que “el primer mérito de esta obra es despejar las innobles confusiones entre las luchas de los pobres y las de los neonazis de Bin Laden, entre los miserables que tienen motivos más que suficientes para sublevarse y los fundamentalistas asesinos”. Esta reseña es certera, pero más importante es aún la reflexión que el libro aporta sobre la banalidad del mal, sobre el problema del nihilismo moderno, al que estudia desde sus precedentes remotos o inmediatos hasta las secuelas más recientes. Afirma el autor que Manhattan es el símbolo escogido para un golpe de efecto sobre la población civil, como antes fue Guernica o Varsovia. Se reproduce de nuevo el afán gratuito de destrucción de vidas humanas que ya pintaba Dostoïevski en Los Endemoniados. ¿El móvil? -El mismo de siempre: el horror que paraliza las voluntades, y las hunde en la desesperanza. La cultura de los medios ha contribuido a difundir globalmente el evento, y con este golpe de efecto contaban los terroristas. Son nihilistas que se apoyan en la misma civilización que tratan de destruir (como queda reflejado en la obsesión de los Talibanes por prohibir la TV). ¿Poshistoria o prehistoria? ¿Vuelta atrás (tradicionalismo fanático) o destrucción revolucionaria que deja en manos de la “providencia” un nuevo orden? Pasado y futuro se confunden, y despiertan viejos monstruos, demasiado conocidos aunque su disfraz sea islamista hoy. Porque no todos los islámicos son nihilistas, ni mucho menos: “Perfectamente educados, vástagos de familias acomodadas, totalmente adaptados a la forma de vida occidental, los pilotos suicidas que se estrellaron contra Manhattan no provienen de los barrios de chabolas ni del arroyo. Constituyen una élite especializada, como lo eran los cuerpos francos de los oficiales prusianos o las células revolucionarias profesionales, según Chernichevsky y Lenin. Estos practicantes del Apocalipsis llevan a un grado de eficacia sin igual el método surrealista y situacionista del secuestro. Nuestros kamikazes transforman el avión de línea en una bomba subatómica con la misma desenvoltura con la que Duchamp convierte el urinario en obra estética mediante su simple exposición en una galería de arte. Y, si en ambos casos la acción nos deja estupefactos, el gesto transgresor que subyace es aún más estupefaciente. Perfectamente repetible, corta los puntos de referencia y subvierte los valores. Lo alto pasa a ser bajo. Lo sublime y lo abyecto se confunden. El medio de transporte se convierte en transporte de muerte. Paz y guerra se mezclan. El tiempo se desquicia”. (p. 32) Es quizá demasiado audaz la tesis del autor que hace de Rusia el escenario de los grandes cambios de la Europa moderna. Pugachev, Bakunin, Stalin, Putin serían para él los nihilistas más osados, ejemplo para los demás. Y, sus desmanes quedarían justificados por un puñado influyente de intelectuales y políticos europeo-occidentales, como ya hizo Voltaire con Pedro el Grande, al alabar su tiranía en pro de la ilustración y la modernidad: “Los rusos han llegado tarde; y al introducir unas artes ya perfeccionadas, han hecho más progresos en cincuenta años que los que ninguna nación ha hecho en quinientos años”. Y André G. Puntualiza: “Pedro no es sino el primer héroe modernizador elevado a categoría de Nobel por la élite europea. Después sólo queda multiplicar hasta hoy los espejismos”. (p. 186) En relación con la ambigüedad de las respuestas al atentado del World Trade Center por parte de algunos intelectuales, el autor hace interesantes apreciaciones sobre las secuelas del marxismo en nuestros días: “Celebrar el fin de una ilusión no es ninguna garantía contra la ilusión de no tener ilusión” (p. 206). De este modo, el nihilismo se apodera también de las mentes más preclaras, entregadas a la desesperanza nostálgica: “Contamos tanto con la desaparición de la fantasmagoría ideológica que, cuando la enterramos, perdemos con ella el sentimiento de nuestra intrínseca vulnerabilidad. Tanta prisa por volverse a considerar eterno implica que se sigue considerado a Marx como una verdad evangélica y que el comunismo, hoy bajo tierra, habrá efectivamente monopolizado toda subversión posible e imaginable. ¡Bonito cuento!... Tras el comunismo... la amenaza del nihilismo”. A otro nivel analiza Glucksmann las raíces de un nihilismo individualista que acaba afectando en masa a los ámbitos más cotidianos de la vida humana. El capítulo 3 sobre Madame Bobary de Flaubert, en relación con la transformación de los costumbres occidentales, no tiene desperdicio. Una vez convertido el mal individual en banalidad, el olvido de sus secuelas está asegurado: “Sin saberlo ni quererlo Emma provoca el vacío a su alrededor. Si es tan temible, se debe a que nada puede pararla. Flaubert gana. En dos siglos, la bomba que él fabricó ha cambiado el planeta posiblemente más que la energía nuclear. La excepción de Yonville, la extravagante, ha cubierto las sociedades contemporáneas. Ella es el producto para usuarios de quince a setenta años, objetivo de las agencias de publicidad. Ella, la que consume, a plazos o al contado; ella, la que hace que se consuman amantes y trovadores, a la que se consume en foto, en recuerdo o en realidad. Perfumes, trapos, prêt-à-porter, escapadas estivales, encuentros, separaciones, ella es todo lo que equilibra la balanza comercial de Francia y la actividad de los bufetes de abogados neoyorkinos”. (p. 95) Todo este capítulo “la risa de la Historia” indirectamente gira en torno a la pérdida occidental de la conciencia de pecado, según la noción de un bien y mal en términos absolutos. Desterradas la ley natural y divina del imaginario colectivo, lo bueno pasa a ser una opción casual, según las circunstancias e intereses personales, y el mal parece poder ser controlado,

erradicado. Las palabras que describen esta realidad han sido muy bien escogidas, según la visión "poscristiana" de la políticamente correcta Nueva Filosofía. Sin embargo, el autor no tiene ningún apuro en afirmar más adelante, tras la única cita a Juan Pablo II que aparece en todo el libro: "El europeo vive sin Dios, y es obligado constatar que vive bien. Pero también vive como si el mal no existiera, y corre peligro de acabar mal" (p. 230). Para hacer frente a todas estas caras nuevas del nihilismo moderno, la propuesta de Glucksmann es la de establecer un nuevo contrato europeo, basado en la dimensión recuperada del pudor (mala traducción del francés pudeur, que hace referencia tanto al no exhibir como al no husmear, al respeto por la naturaleza "sagrada" de las cosas), en un sentido más filosófico-literario que religioso: "Soljenitsyn aboga por el principio capital de la autolimitación de los Estados, de las sociedades y de los ciudadanos, único freno susceptible de controlar la fantástica fuerza de la modernidad. Bajo otro nombre, el escritor ruso recupera el exigente pudor griego que intenta domar, mediante una suavidad y piedad recíprocas, las tempestades y audacias de la demasiado humana hybrid. Sin embargo, hay una diferencia. ¿A partir de dónde toma el pudor su tan necesaria distancia? A partir de Dios, aconseja Soljenitsyn, que recomienda a los contemporáneos reencontrar un 'sentimiento totalmente perdido: la humildad ante ÉL'. Homero es más directo. En él, el pudor opera, dando marcha atrás, ante el ruido y las lágrimas, ante la sangre y el furor; es del horror percibido tal cual del que Aquiles, Priamo y el propio Homero se distancian". Manhattan ha traído de nuevo a nuestra memoria colectiva las ruinas de Troya. Glucksmann opina que es precisamente el olvido de la experiencia literaria lo que nos incapacita para profundizar en este sentido de la realidad del mal, y, por eso mismo, nos deja indefensos ante el nihilismo: "Lo propio de las ideologías es imaginar los pasajeros de dichos conflictos; si se escucha las palabras bienintencionadas no tienen por qué ocurrir. Según Flaubert, Maupassant, Pushkin, Chejov, lo provisional es duro y dura tanto como la vida, se acaba con ella (...) El nihilista susurra: destruyo, luego soy, me confirmo a mí mismo, pues la destrucción es una prueba de sí, index sui. El médico y el escritor desveladores dicen a continuación: sí, la demolición es manifiesta en sí y para sí; yo, tú, nosotros la sufrimos, es constatable, luego es posible amotinarse y movilizarse contra ella". (pp. 240-246) El Epílogo se titula "para no concluir". El autor se excusa diciendo que el libro no gustará ni a los especialistas en el "mucho mejor" que esperaban el ideal fin de la historia tras el fin de la Guerra Fría, ni a los especialistas en el "mucho peor", que ven en el 11 de Septiembre un justo castigo a América y su imperialismo: "Este libro está dirigido a los que adivinan que ha bastado un día, un instante, para que la última excepción saltara por los aires. Toda la humanidad, incluido Estados Unidos, se dio cuenta de que era mortal. Sin duda nos agotaremos suturando una herida tan mortificante para nuestro narcisismo. Pero será en vano...". Sin embargo –concluye el autor–, esta terapia realista no es desesperanzadora. Las profecías anunciadas por la gran literatura catártica, "desveladora", no son tan sólo vacuna que nos ayuda a resistir; son también una prueba viva de que el nihilismo no es invencible.

Jorge LATORRE IZQUIERDO

jlatorre@unav.es

[arriba](#)